

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

---

---

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

17/2014

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Francisco Javier Caspistegui

*Neutralidad sobre el papel: España como campo de batalla en la Primera  
Guerra Mundial*

Neutrality on Paper: Spain as Battlefield during the First World War  
pp. 159-171



Universidad  
de Navarra

---



Neutralidad sobre el papel: España como campo de batalla en la Primera Guerra Mundial\*

*Neutrality on Paper: Spain as Battlefield during the First World War*

---

FRANCISCO JAVIER CASPISTEGUI

Universidad de Navarra



[L]es travailleurs manuels de l'agriculture et de l'industrie ont à souffrir; tout a renchéri et leurs salaires ont à peine augmenté; l'Espagne est de fait plus bloquée que l'Angleterre; elle étouffe<sup>1</sup>.

## 1. INTRODUCCIÓN.

España fue neutral durante la I Guerra Mundial, dicen los libros de historia. No hubo ejércitos españoles en los frentes de combate ni entre el barro de las trincheras. No hubo sangre derramada bajo la enseña de la monarquía, ni héroes condecorados por su intervención bélica. España no formó parte de la contienda y en su transcurso hubo un crecimiento fabuloso de la economía y grandes beneficios para los industriales. Aun-

---

\* El autor forma parte del proyecto HAR2012-31926, dirigido por el prof. Ignacio Peiró.

<sup>1</sup> Entrada del 22.08.1917, en Baudrillart, 1994, p. 620.

que esto implicó unas consecuencias bien conocidas y estudiadas por la historiografía<sup>2</sup>, la imagen de una España al margen del conflicto, libre de sus peores consecuencias es un estereotipo firmemente asentado, aunque, como señalan González Calleja y Aubert, «[l]a imagen de beatífica neutralidad española resulta [...] falsa»<sup>3</sup>.

Y, sin embargo, hubo españoles en los frentes de combate y como señalaba el cardenal Baudrillart – a partir de su conocimiento directo de la realidad española y de las informaciones que recibía del otro lado de los Pirineos –, España sufrió mucho durante la guerra y, de algún modo, fue un frente de combate sin trincheras y sin ejércitos regulares en liza. En la península se dieron diversas modalidades de enfrentamiento que han sido analizadas en varios libros y monográficos que vamos a comentar en las páginas que siguen.

Como señala Carolina García Sanz, la perspectiva de análisis dominante sobre la gran guerra ha sido la nacional, y durante mucho tiempo la asentada en los patrones de una historia tradicional: política, diplomática y militar. Sin embargo, ya desde los años posteriores a la propia guerra se impulsó una forma de investigación que buscó trascender esos parámetros sin postergarlos del todo. La propuesta de Pierre Renouvin transformó la vieja historia diplomática en historia de las relaciones internacionales. Como señalaba su discípulo más directo:

La historia diplomática tradicional, en la que el autor se deja «sumergir por los documentos», sólo tenía en cuenta las relaciones entre cancillerías, y en consecuencia lo explicaba todo mediante el papel desempeñado por los estadistas. Eso no significa que el papel de los estadistas, sobre todo de los principales, no haya pesado enormemente sobre el destino de los pueblos. Pero las iniciativas de los estadistas quedan determinadas en gran medida por «fuerzas profundas», es decir, la influencia de las masas.

---

<sup>2</sup> Valgan como ejemplos los siguientes: «España, como país neutral, se había beneficiado de las exportaciones, que enriquecieron a los empresarios pero trajeron a los menos afortunados inflación y alza de precios de los productos alimentarios» (Carr, 2001, p. 238); «los beneficios de la guerra permitieron crearse algunas fortunas, sin aportar a la nación el bienestar que cabía esperar del esfuerzo realizado durante este período» (Vicens Vives, 2012, p. 178).

<sup>3</sup> González Calleja - Aubert, 2014, p. 28.

P. Renouvin distingue dos grandes tipos de fuerzas profundas. Con Fernand Braudel, resalta «las condiciones de la vida material, las estructuras económicas y sus cambios». Con Federico Chabod, denuncia el peso de las «grandes fuerzas históricas, los sentimientos y las pasiones colectivas». Dicho de otra manera, la acción de los gobiernos, por importante que sea, se inserta en un marco que la explica ampliamente. Pero esta acción de los gobiernos no es una simple «agitación superficial», un «polvo de hechos diversos». Tiene un valor autónomo precisamente porque los gobiernos son realidades concretas<sup>4</sup>.

Esta superación de los marcos tradicionales ha mantenido una cadencia creciente, y la mirada sobre esta guerra fuera de España hace ya unas décadas que se ha hecho global, y se ha hablado, por ejemplo, del marco más integrador de las culturas de guerra<sup>5</sup>. Además, también la neutralidad ha despertado una creciente atención, hablándose ya de un tercer frente o de un frente neutral<sup>6</sup>. Sin embargo, dentro de nuestras fronteras, el período 1914-1918 no ha sido sino un marco cronológico dentro del cual insertar los problemas domésticos, la crisis de 1917, el incremento de la desigualdad social o la consolidación del tropo de las dos Españas, sin encuadrar la experiencia española en un escenario más amplio, en el que adquiriría un valor más allá de sus fronteras. Como afirmaba un periodista en 1917, en los primeros momentos de la guerra «era natural que nosotros, aterrados, estupefactos, procurásemos encerrarnos, aislarnos, para evitar en lo posible la catástrofe»<sup>7</sup>. Y, sin embargo, en el invierno de 1917, el agregado militar francés advertía de que «nuestras fabricaciones de guerra se alimentan principalmente en España, y que las hostilidades se pararían automáticamente el día que, por un motivo cualquiera, las minas españolas dejaran de volcar su producción en Fran-

<sup>4</sup> Duroselle, 1981, pp. 128-129.

<sup>5</sup> Pese a su novedad, no es un concepto acogido de forma acrítica, como muestran las controversias en Francia, donde frente al concepto «cultura de guerra», se ha opuesto el de «cultura de paz». Ver Purseigle, 2008. Ver también los artículos de González Calleja, 2008 y Rodrigo, 2009.

<sup>6</sup> Carolina García Sanz, 2014a, 2014b, además del libro fruto de su tesis doctoral, 2011. Sobre el creciente papel concedido a los neutrales: Schmitt, 1988; Hertog - Kruizinga, 2011; Wolf, 2013. Para la neutralidad española: Aguirre de Cárcer, 1995 y Domínguez Méndez, 2008.

<sup>7</sup> Olmet, 1917, p. 242.

cia, en Italia y en Inglaterra». Por eso, continuaba, «los aliados tienen un interés primordial en el mantenimiento del orden público en España. Toda huelga, todo desorden, toda revolución, que interrumpiera el trabajo en nuestras minas y en nuestras plantas españolas se transformaría inmediatamente en un desastre»<sup>8</sup>.

No era, por tanto, una posición secundaria o menor, como mostró también la controversia constante que rodeó la guerra submarina con la Península Ibérica como centro, o la presencia habitual de algunos de los principales servicios de información de los beligerantes, encargados unos de hacerse con el control de las valiosas materias primas, los otros de impedirlo como fuese.

No es casual, por tanto, que las publicaciones más recientes dedicadas a la relación entre España y la Primera Guerra Mundial hayan buscado trascender los estudios realizados hasta ahora<sup>9</sup>, sobre todo en lo que toca a la búsqueda de relaciones entre la situación española y el contexto internacional. De hecho, son dos las direcciones que ha adoptado este intento de buscar la perspectiva más internacional: hacia lo estrictamente bélico, y hacia las repercusiones culturales-intelectuales en España de la cultura de guerra europea.

## 2. UNA MIRADA DUAL: ESPAÑA DENTRO DE LA GUERRA

España no fue beligerante, pero hubo españoles en las filas sobre todo del ejército francés, encuadrados dentro de la Legión Extranjera<sup>10</sup>. Los hubo también colaborando con los activos servicios de información desplegados en la península, muchos con los alemanes, pero no fueron menos los que apoyaron a los miembros de la Entente. Hubo españoles también que murieron en los barcos mercantes hundidos por los submarinos alemanes, como los 21 hombres de la tripulación del *Peña Castillo*, las primeras víctimas, el 19 de agosto de 1914, de los 271 totales<sup>11</sup>. Todos

<sup>8</sup> Fernando García Sanz, 2014, pp. 137-138.

<sup>9</sup> Aunque hay algunas referencias previas, como el artículo de Espadas Burgos, 2000, pp. 95-116; tal vez el más significativo e iniciador de una revisión de esta cuestión sea el libro de Romero Salvadó, 2002.

<sup>10</sup> Tal vez el grupo más representado entre los algo más de dos mil españoles presentes fue el catalán, en torno a los 950 combatientes. Véase Martínez Fiol, 1991.

<sup>11</sup> Sobre la presencia de españoles en las filas de los combatientes, véase el tem-

ellos componen un espacio poco atendido por la historiografía, tal vez por tratarse de una guerra ajena, en apariencia poco relacionada con la propia España.

Este es en buena parte el objeto de dos libros, el de Fernando García Sanz y el elaborado por Eduardo González Calleja y Pierre Aubert<sup>12</sup>. Trazan ambos una amplia panorámica de la posición española en el juego internacional de la guerra, con una evidente presencia como proveedora que permite hablar de guerra económica incluso por encima de bloqueo<sup>13</sup>, por el tráfico comercial y las dificultades puestas al mismo, así como por la oscuridad que presidió muchas de las transacciones: «La inmoralidad, el tráfico de influencias y la corrupción fueron habitual moneda de cambio en España a lo largo de la guerra»<sup>14</sup>. No en vano uno de los personajes más destacados en este contexto fue Juan March, contrabandista antes de la guerra y uno de los principales beneficiados tras ella, mediante su juego a dos bandas<sup>15</sup>.

España comenzó a ser 'interesante' cuando se constató la prolongación casi indefinida de la guerra, ya en 1915; y cuando la nueva arma submarina demostró todo su potencial. La península pasó a ser así un campo de batalla incruento en el que los contendientes también dirimieron su potencial. Y entre ellos, una población española objeto de las atenciones de los servicios de información de los beligerantes, muy ocupados en forjar una opinión pública lo más favorable posible a sus propios intereses, y bien apoyada por las numerosas colonias pre-existentes o incrementadas a raíz de la guerra. Son muy reveladores, por un lado, el título del capítulo IV, «España controlada por los espías», del libro de García Sanz, y la tabla en la que González Calleja y Aubert recogen las 'subvenciones' recibidas por los periódicos españoles con el fin de apoyar una u otra causa y en la que se aprecian no pocos cambios de bando<sup>16</sup>.

---

prano estudio de Subirá, 1920. Para la cuestión de los hundimientos: García, 2005.

<sup>12</sup> Fernando García Sanz, 2014; González Calleja - Aubert, 2014.

<sup>13</sup> González Calleja - Aubert, 2014, p. 85.

<sup>14</sup> Fernando García Sanz, 2014, p. 136.

<sup>15</sup> González Calleja - Aubert, 2014, pp. 186-91; Fernando García Sanz, 2014, pp. 91-92, 166-167, 298. La última biografía de March es la de Cabrera, 2011.

<sup>16</sup> González Calleja - Aubert, 2014, pp. 264-5.

Dos eran, para González Calleja y Aubert, las actitudes de los beligerantes. Las de los integrantes de la Entente pasaron por tres fases: improvisación al comienzo; empleo del bloqueo y listas negras entre 1915 y 1917 y búsqueda de acuerdos comerciales al final<sup>17</sup>. Por su parte, los alemanes hicieron cuanto pudieron para obstaculizar un comercio que no podían disputar, y que beneficiaba a sus enemigos.

Por este motivo jugó una considerable importancia el combate silencioso del espionaje, el sabotaje y la diplomacia paralela. A diferencia del libro de González Calleja y Aubert, más centrado en el caso francés –aunque incluya, por ejemplo, numerosas referencias a Alemania a partir de los mensajes interceptados por sus servicios técnicos–, el de García Sanz busca establecer un panorama más amplio y, además del caso francés, británico y algo menos el alemán, añade el punto de vista italiano y su voluntad de intermediación entre los aliados con el fin de suplir sus propias carencias. El resultado de todo ello es un completo panorama de lo que la guerra supuso para España, a la que bien pudiera incluirse dentro de la cultura de guerra que otros países vivieron de forma más intensa, pero que acabó afectando de forma muy directa a los españoles, como constataba el texto del cardenal Baudrillart que encabeza estas páginas.

Incluso cabe añadir, como hacen González Calleja y Aubert, que los alemanes jugaron la baza de la desestabilización del Marruecos francés mediante la entrega de armas y recursos a las *kabilas*. Tal vez el problema radique en que tanto la labor de propaganda anti-francesa, como la presencia de armas, se mantuvo en una zona sumamente inestable y que iba a proporcionar continuos quebrantos no solo a Francia, sino a la propia España una vez finalizada la contienda mundial: «buena parte de las armas que los rifeños utilizaron en Annual [...] procedieron de un depósito constituido en Alhucemas por el mayor Von Kalle»<sup>18</sup>.

En el fondo, aunque España no participara de forma activa en la guerra, vivió buena parte de sus consecuencias durante y después de ella. Además del efecto de las circunstancias concretas de la guerra, también se sufrieron de forma muy directa los cambios que implicaban el tiempo y el espacio en los que estaba inmersa España. Europea pese a muchos, la contienda la arrolló como a otros países y sufrió muchos de

<sup>17</sup> González Calleja - Aubert, 2014, p. 95.

<sup>18</sup> González Calleja - Aubert, 2014, p. 213.

los impactos que llegaban hasta sus fronteras aun contra la voluntad de aislarse de amplios sectores sociales y políticos. Así, la crisis del parlamentarismo, la desconfianza hacia los sistemas políticos y sociales vigentes que cundió por Europa supuso, dentro de España, el debilitamiento final del régimen de la Restauración y el asentamiento público de una generación de intelectuales y políticos, agrupados en buena parte en la llamada generación del 14, cuyos ideales democratizadores y de europeización buscaron hacerse efectivos durante la II República, al margen de la monarquía y del sistema canovista. De forma más concreta, esta crisis global llevó a una potenciación de la violencia como instrumento de crítica. Y esto, terminada la guerra, llevó, por ejemplo, a la criminalización de quienes habían colaborado activamente con los servicios de espionaje. No es casual que la conflictividad social catalana, y el pistolero asociado a ella, tuviera buena parte de su origen en esos momentos bélicos.

### 3. UNA MIRADA DUAL: ESPAÑA EN GUERRA (CASÍ) CIVIL

Los ejemplos de Grecia y Rusia no fueron precisamente alentadores sobre las posibilidades de mantener a ultranza un sistema político y social. La tendencia a la desestabilización, generada tanto por la acción de los beligerantes, como fruto de los problemas internos, fue una espada de Damocles permanente para España. Como señalaba Fernando Díaz-Plaja en un clásico sobre la cuestión, «[f]ue neutral el Estado, el gobierno, pero el pueblo, la nación, tomó apasionadamente partido por uno u otro de los bandos contendientes»<sup>19</sup>. Aunque no deja de ser una generalización que excede mucho el nivel de implicación de los españoles en el conflicto, la guerra sirvió para canalizar el descontento y los problemas internos de la monarquía. De hecho, hubo graves tensiones internas y situaciones en las que la entrada en guerra se contempló como una posibilidad real, tanto a comienzos de 1917, como en el verano de ese año o en el otoño de 1918, cuando los cónsules alemanes recibieron la instrucción de comenzar a destruir documentación.

Pese a los múltiples matices, España se imaginó dividida en dos bandos cuyas actitudes incrementaron el nivel de enfrentamiento como reflejo de las profundas divisiones existentes. Germanófilos y aliadófilos contendieron con creciente saña utilizando como excusa el enfrentamiento

---

<sup>19</sup> Díaz-Plaja, 1981, p. 7.

to europeo. Buena parte de este choque se manifestó a través de la prensa y de las actividades de intelectuales de uno y otro signo, como analizan algunas publicaciones recientes<sup>20</sup>.

La perspectiva de todas ellas bien puede incluirse dentro de una genérica mirada cultural, destacando sobre todo la intencionalidad que cada una de ellas mostraba en la configuración de un modelo de España, definido por aquellos rasgos que consideraban más cercanos a sus propias propuestas. Sin embargo, del mismo modo que la dualidad de las dos Españas, como resaltó Santos Juliá, no dejaba de ser un reduccionismo, también la división entre germanófilos y aliadófilos encerraba no pocas contradicciones, complicadas aún más si en ella se buscan antecedentes de las posturas en conflicto dos décadas después. Sin embargo, pese a ello, fueron unos años en los cuales se pusieron en marcha un conjunto de recursos simbólicos y rituales – por ejemplo a través de los mítines y manifiestos<sup>21</sup> – cuya utilidad se puso de manifiesto en los años siguientes en la configuración de la nación española que cada sector trató de crear mediante el recurso a la intensa emotividad asociada a la guerra. Como señala Fuentes Codera, «la discusión sobre la Gran Guerra fue una lucha entre visiones contrapuestas sobre el futuro de España como proyecto nacional»<sup>22</sup>. Las reuniones públicas y las diatribas en la prensa contribuyeron a forjar unas identidades que ya apuntaban previamente y que cuajaron en la intensa implicación de los años bélicos. Como señalaba Georg L. Mosse, «a través de la nueva política mucha gente se constituyó en una fuerza política organizada que sin duda expresaba sus anhelos compartidos de orden, felicidad y unidad nacional»<sup>23</sup>. En buena medida, la guerra sirvió para consolidar una serie de culturas nacionales y sus correspondientes movimientos de nacionalización de masas.

<sup>20</sup> Fuentes Codera, 2014; Navarra Ordoño, 2014, y el dossier de la revista *Ayer*, 91/3, 2013, *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*, dirigido por Maximiliano Fuentes Codera. También le dedican un capítulo a esta cuestión González Calleja - Aubert, 2014, pp. 225-265 («La guerra ideológica. La propaganda»), aunque se centran más en la intervención material de los beligerantes sobre la prensa y los periodistas.

<sup>21</sup> Ver por ejemplo los conocidos artículos de Cobb, 1966 y Meaker, 1988. Más reciente es el artículo de Varela, 1998.

<sup>22</sup> Fuentes Codera, 2013b, pp. 91-92.

<sup>23</sup> Mosse, 2005, p. 279.

Es a este proceso y, sobre todo, a su vertiente intelectual-cultural, al que dedican su atención los textos señalados, con especial detalle y nivel de análisis en el de Fuentes Codera. Señala en este caso la ausencia de estudios referidos a esta cuestión y lo encuadra en los debates sobre los procesos de nacionalización que solamente en los últimos años han comenzado a plantearse<sup>24</sup>. Resalta la importancia de la decadencia como hilo conductor y la necesidad implícita en ella de resurgir mediante el recurso a lo que Europa representaba. Lo significativo es que esa conexión europea estaba plenamente establecida a nivel intelectual, con unos contactos sólidos desde mucho tiempo antes. La distancia entre la situación entendida como real y la encarnada en principios a los que se consideraba caducos, fue el marco en el que se forjó el poema de Machado que concretó el mito de las dos Españas precisamente en esos momentos, en 1917. Se hacía preciso, reclamaba Ortega, construir una nación, nacionalizar España, a partir de la libertad: «El término liberalismo –ligado al de nacionalización– comenzaba a denotar energía, fuerza y vitalidad individual»<sup>25</sup>. Y en ese debate se sucedieron las tomas de postura cada vez más radicales, más enfrentadas y opuestas en los modelos de nación que proponían<sup>26</sup>. De hecho, esta diversidad quedó reflejada también en aquellas regiones en las que los nacionalismos específicos habían adquirido ya una fuerza significativa, especialmente Cataluña, donde la aliadofilia dominaba con claridad frente a los partidarios de los alemanes<sup>27</sup>.

Buena parte de estas posturas se concretaron en el enfrentamiento dual, y por ello simplista, entre germanófilos y aliadófilos, o germanófilos y aliadófilos, con todos los matices contenidos en estas distinciones. Las tomas de postura por los bandos en conflicto mostraban las divergencias internas, los enfrentamientos por el modelo de nación que se

<sup>24</sup> Ver Caspistegui, 2014.

<sup>25</sup> Fuentes Codera, 2014, p. 91 y 2013a. En este mismo dossier, véase el artículo de Juliá, 2014, pp. 121-144, para el grupo articulado en torno a Ortega.

<sup>26</sup> Ya comenzó el proceso de recuperación de sus testimonios el libro citado de Díaz-Plaja, 1981. Insiste en esa línea el de Navarra Ordoño, 2014.

<sup>27</sup> Ya hace casi cinco décadas atendió esta cuestión Cortade, 1969. Véanse además los libros de Martínez Fiol, 1988, Safont i Plumed, 2012, además de las numerosas referencias en los libros de Navarra Ordoño, 2014 y Fuentes Codera, 2014. Navarra Ordoño añade además un espacio dedicado al caso vasco (pp. 193-200).

trataba de plantear en un escenario de intensa implicación. Un buen ejemplo es el de Eugenio d'Ors<sup>28</sup>, escindido entre la devoción hacia Francia y su admiración a Alemania. Sus polémicas propuestas de conciliación le llevaron a ser criticado por ambas partes, pero muestran la dificultad para lograr puntos de encuentro en un debate cada vez más enconado<sup>29</sup>, que en España estaba plenamente dispuesto en la segunda mitad de 1915, por mucho que los matices internos a cada grupo fuesen tan significativos o más que sus similitudes. Es revelador en este sentido el ejemplo de Pío Baroja, germanófilo, pero anticlerical, tan enemigo de los tradicionalistas como de los aliados (probablemente más), al que Luis Antón del Olmet criticaba con dureza en el marco del dualismo del momento: «Baroja, como todos los hombres de escasa mentalidad que aspiran a hacerse célebres, se ha creado un tipo. Baroja tiene la originalidad y la rebeldía por norma. Quiere ser discutido. Yo lo complazco ahora con esta sátira despiadada para darle gusto y hacerle un cariñoso reclamo»<sup>30</sup>.

A lo largo de la contienda el enfrentamiento entre los dos bloques teóricos se incrementó, sobre todo desde 1917, con los sucesos de Rusia y la entrada en la guerra de los EE.UU. Ya para entonces la acción de los medios de información de los beligerantes marchaba a velocidad de crucero en España, y la prensa se hacía eco masivo de las posturas de unos y otros, azuzadas por los agentes de propaganda. Todo ello justifica por qué Fuentes Codera subtitula su capítulo V como «La gran guerra como 'guerra civil'», jugando con la imagen que empleara d'Ors al comienzo del conflicto para referirse al enfrentamiento entre Francia y Alemania, y lo que estaba ocurriendo en el interior de España, especialmente durante el año 1917, en el que tantos elementos se vieron cuestionados de raíz, comenzando por el régimen, la monarquía o la estructura social.

De hecho, el final de la guerra dejó en España plenamente activos todos los problemas previos, pero con un considerable incremento de su virulencia. La artificiosa dualidad entre germanófilos y aliadófilos fue

<sup>28</sup> Le ha prestado especial atención Fuentes Codera, 2009a, 2009b y 2012. Ver también el artículo ya citado que dedica a los germanófilos, 2013b.

<sup>29</sup> Véanse también las reacciones de un escritor cercano a d'Ors, Romain Rolland, 2014, donde se recogen diversos artículos publicados durante la guerra, incluyendo el «Manifiesto de los Amigos de la Unidad Moral de Europa» (pp. 92-93); o el rompedor «A los pueblos asesinados» (pp. 149-156).

<sup>30</sup> Olmet, 1917, pp. 19-22, la cita en la p. 22; Díaz-Plaja, 1981, pp. 55-59, 281.

## NEUTRALIDAD SOBRE EL PAPEL

consolidando unos modelos incompatibles entre dos formas de entender la nación que fueron asentándose en las décadas de los veinte y los treinta. Como termina Fuentes Codera,

la importancia de la Gran Guerra reside fundamentalmente en su carácter de laboratorio de unas ideas, unos conceptos, unas actitudes político-culturales y unos ejercicios de intervención pública de los intelectuales que acabaron explotando en las décadas posteriores y que no pueden comprenderse al margen de ella<sup>31</sup>.

### 4. EN CONCLUSIÓN PROVISIONAL

A lo señalado hasta ahora podríamos añadir, siempre que las fuentes lo permitieran, la posibilidad de analizar la recepción de las polémicas y de los artículos que las componían, creando estados de opinión. También cabría estudiar el modo en que los ciudadanos fueron capaces de actuar ante la influencia que sobre ellos trataban de ejercer los intelectuales, aceptando o rechazando sus propuestas, generando por si mismos interpretaciones de lo que la nación debía ser. Tal vez unos momentos de espectacular crecimiento y democratización de las actividades de ocio, pero también del acceso a la alfabetización y a la cultura por sectores crecientes de la población, permitirían indagar sobre la efectividad de los procesos de nacionalización, la nacionalización realizada desde abajo y las interacciones entre ambos emisores de nación.

Es evidente que la Primera Guerra Mundial incidió con fuerza en la España que no tuvo más remedio que permanecer neutral, aunque, durante su transcurso, la Península Ibérica fuese un campo de batalla más en el que los beligerantes compitieron duramente por las materias primas y lucharon en la batalla de la aun débil opinión pública española. Del gran conflicto que abrió el corto siglo XX obtuvo muchos de los perjuicios y ninguna de las ventajas a las que aspiraba, o al menos con las que soñaba Alfonso XIII. No mejoró su estatus internacional y aunque la economía vivió el espejismo del crecimiento, lo hizo a costa de un enorme crecimiento de la desigualdad social y al incremento de la violencia social y política. El régimen político de la Restauración y la propia monarquía quedaron tocados y florecieron alternativas cada vez más radicalizadas. En todo ese proceso los intelectuales jugaron un papel creciente

---

<sup>31</sup> Fuentes Codera, 2014, p. 220.

## INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

en la definición de la(s) nación(es) y sus variantes y para ello emplearon recursos simbólicos y rituales que facilitaron la inserción de las masas en el proceso, ya no solo meras espectadoras, sino cada vez más activas en el mismo. De esa interacción, aun muy desequilibrada, fueron surgiendo diversas formas de entender la nación española y aquellas otras que se estaban consolidando especialmente en la periferia. Tal vez el mayor problema fue que los diversos modelos de nación incidieron mucho más en las diferencias que en las similitudes y asentaron una radicalización que no dejó de crecer en las décadas siguientes.

En cualquier caso, queda aun pendiente extender los análisis de los libros aquí comentados e incidir en las posibilidades que ofrece el estudio del proceso de nacionalización a través del impacto que los acontecimientos derivados de la guerra causaron sobre el conjunto de la población. No deja de ser un atractivo horizonte de investigación y profundización.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre de Cárcer, Nuño, *La neutralidad de España durante la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995.
- Baudrillart, Alfred, *Les carnets du Cardinal Baudrillart (1914-1918)*, ed. P. Christophe, Paris, Cerf, 1994.
- Cabrera, Mercedes, *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.
- Carr, Raymond, «Liberalismo y reacción, 1833-1931», en *Historia de España*, dir. R. Carr, Barcelona, Península, 2001.
- Caspistegui, Francisco Javier, «La nacionalización de las masas y la historia del nacionalismo español», *Ayer*, 94, 2014, pp. 257-270.
- Cobb, Charles, «Una guerra de manifiestos», *Hispanófila*, 29, 1966, pp. 45-61.
- Cortade, Eugeni, *Catalunya i la Gran Guerra*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1969.
- Díaz-Plaja, Fernando, *Francófilos y germanófilos*, Madrid, Alianza, 1981.
- Domínguez Méndez, Rubén, «La Gran Guerra y la neutralidad española: entre la tradición historiográfica y las nuevas líneas de investigación», *Spagna Contemporanea*, 34, 2008, pp. 27-44.
- Duroselle, Jean Baptiste, *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Barcelona, Labor, 1981.
- Espadas Burgos, Manuel, «España y la Primera Guerra Mundial», en *La política exterior de España en el siglo XX*, eds. J. Tusell et al., Madrid, UNED, 2000, pp. 95-116.
- Fuentes Codera, Maximiliano, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Universitat de Lleida y Pagès Eds., 2009a.
- , «La particular dimensión europea de Eugeni d'Ors durante la Primera Guerra Mundial», *Ayer*, 76, 2009b, pp. 209-243.
- , «Hacia lo desconocido. Eugenio d'Ors en la crisis de la conciencia europea», *Historia Social*, 72, 2012, pp. 23-42.
- , «Presentación», *Ayer*, 91, 2013a, pp. 13-31. (Dossier dedicado a *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*).
- , «Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer*, 91, 2013b, pp. 63-92. (Dossier dedicado a *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*).

## NEUTRALIDAD SOBRE EL PAPEL

- , *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.
- García Sanz, Carolina, *La Primera Guerra Mundial en el estrecho de Gibraltar: Economía, política y relaciones internacionales*, Madrid, CSIC, 2011.
- , «La gran guerra en su centenario. Nuevos enfoques, viejos temas», *Ayer*, 95-3, 2014a, pp. 239-253.
- , «British Blacklists in Spain during the First World War: The Spanish Case Study as a Belligerent Battlefield», *War In History*, 21-4, 2014b, pp. 496-517.
- García Sanz, Fernando, *España en la gran guerra. Espías, diplomáticos y traficantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.
- García, Enric, *¿España neutral? La Marina Mercante española durante la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Real del Catorce, 2005.
- González Calleja, Eduardo, «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61, 2008, pp. 69-87.
- González Calleja, Eduardo - Aubert, Paul, *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*, Madrid, Alianza, 2014.
- Hertog, Johan den - Kruizinga, Samuël (eds.), *Caught in the Middle: Neutrals, Neutrality, and the First World War*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2011.
- Juliá, Santos, «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer*, 91, 2013, pp. 121-144. (Dossier dedicado a *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*).
- Martínez Fiol, David, *El catalanisme i la Gran Guerra. Antologia*, Barcelona, La Malgrana, 1988.
- , *Els «voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991.
- Meaker, G.H., «A Civil War of Words: the Ideological Impact of First World War on Spain, 1914-1918», en *Neutral Europe between war and revolution, 1917-1923*, ed. H. Schmitt, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65.
- Mosse, Georg L., *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al tercer Reich*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- Navarra Ordoño, Andreu, 1914. *Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014.
- Olmé, Luis Antón del, *Los bocheros (la propaganda teutona en España)*, Madrid, Impr. de J. Pueyo, 1917.
- Purseigle, Pierre, «A very French Debate: the 1914-1918 'War Culture'», *Journal of War and Culture Studies*, 1-1, 2008, pp. 9-14.
- Rodrigo, Javier, «Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación», *Ayer*, 76, 2009, pp. 13-36.
- Rolland, Romain, *Más allá de la contienda*, Madrid, Nordicalibros y Capitán Swing, 2014.
- Romero Salvadó, Francisco J., *España, 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Safont i Plumed, Joan, *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, Acontravent, 2012.
- Schmitt, Hans (ed.), *Neutral Europe between war and revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988.
- Subirá, José, *Los españoles en la guerra de 1914-1918*, Madrid, Pueyo, 1920, 4 vols.
- Varela, José, «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, 88, 1998, pp. 27-73.
- Vicens Vives, Jaume, *España contemporánea (1814-1953)*, Barcelona, Acantilado, 2012.
- Wolf, Susanne, *Guarded neutrality: diplomacy and internment in the Netherlands during the First World War*, Boston, Brill, 2013.